

Vigésimo Tercer Domingo del Tiempo ordinario B/2018

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la curación divina. Muestran que es Dios quien nos sana y restaura por completo la integridad de nuestro cuerpo y de nuestra mente. Nos invitan a confiar nuestras enfermedades a Jesús para que él pueda sanarnos.

La primera lectura describe la sanación que Dios traerá a la casa de Israel. Muestra cómo esta curación afectará a los individuos, a la nación entera y a su tierra. Muestra que el enfermo recobrará la salud y la tierra será transformada.

Lo que este texto nos enseña es que el sufrimiento y la enfermedad pueden amedrentar la paz del pueblo de Dios. Hay también la idea de que, independientemente de la intensidad de nuestro sufrimiento, Dios nos salvará. La última idea está relacionada con la verdad de que donde está Dios presente, todo es diferente, incluso la gente y la tierra.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús cura a una persona sorda y tartamuda. En primer lugar, el Evangelio dice que cuando Jesús estaba en la región de Decápolis, le llevaron a un hombre sordomudo con el fin de que le sanara.

Después, el Evangelio explica el modo en que Jesús lo sanó al meter sus dedos en sus oídos y al tocar su lengua. Después de esto, el Evangelio habla del mandato que Jesús le diera al hombre de no decir nada a nadie y de como el hombre, una vez curado no podía dejar de hablar de Jesús y de su curación. El Evangelio termina mencionando el asombro de la gente sobre la curación realizada.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar del poder curativo de Dios. De hecho, experimentamos cada día el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Cada vez que somos debilitados por una dolencia o enfermedad, queremos curarnos. Esta es la razón por la que vamos a visitar a los médicos a fin de encontrar el remedio a nuestras enfermedades. A veces, el trabajo de los doctores y las enfermeras nos brinda la cura que buscamos. Y otras veces, si la sanación no sucede, debemos aceptar nuestro destino.

A veces, otra vez, para nuestro asombro, la sanación ocurre incluso en contra del diagnóstico de los médicos. En tal caso, es Dios quien nos ha curado de un modo milagroso. Esto, sin embargo, no significa que Dios no nos pueda curar de maneras ordinarias, porque él actúa por las manos de los doctores y de las enfermeras.

Pero, la cura de la que el Evangelio de hoy quiere hablar, es la que nos viene de un modo invisible por medio de los sacramentos de la Iglesia. Déjenme explicarles. De hecho, en el Evangelio de hoy, Jesús hace algo muy extraño: él aparta al hombre sordomudo a un lado del resto de la gente; ya que realizará su curación al introducir sus dedos en los oídos; le toca la lengua con su saliva; le impondrá las manos; pronunciará algunas palabras en oración, y el hombre será curado.

Este proceso nos recuerda el funcionamiento del sacramento por el poder de Dios. De hecho, el sacramento implica un gesto simple, como verter el agua sobre la cabeza de alguien o ungir las manos o la frente de alguien con óleo santo. Después vienen las palabras en oración y la acción que sigue es la del poder de Jesús quien actúa por medio del sacerdote a fin de brindar la salvación.

Ese poder de Jesús para curar y dar la salvación no es algo que se limita al pasado, sino que está todavía vivo hoy. En cada sacramento, Jesús actúa de un modo invisible, por el poder del Espíritu Santo, para dar la vida a los que reciben el sacramento. Cada

sacramento es, en su propio modo, una expresión del poder de Jesús quien cura por medio de la mano del sacerdote.

Aquí cabe una pregunta: ¿Por qué cura Jesús? Jesús cura a fin de restaurar la integridad de una persona, para darle su dignidad, para sacar alguien del aislamiento en el cual le colocó su enfermedad. De hecho, el tipo de persona a quien Jesús sana en el Evangelio pertenece a la categoría de la gente que llamamos en nuestra sociedad “personas con necesidades especiales”. Ellos son personas físicas, psicológica o mentalmente, incapacitadas.

Imagine el mundo de estas personas. Imagine lo que sienten cuando no pueden ver, hablar, caminar como lo hacemos nosotros. Es como si, ellos vivieran en el aislamiento. No quiero hablar del aislamiento social, porque ciertamente tienen familias, amigos y gente a su alrededor quienes los aman y los cuidan. Lo que quiero decir es que el mundo en el cual ellos viven es desconocido para nosotros que estamos sanos, porque no tenemos la clase de impedimento o discapacidad que ellos tienen.

Cuando esas personas pueden encontrar a alguien que los trata con dignidad, respeto y comprensión, esto cambia todo a su alrededor. Por lo tanto, es nuestro deber el sentir cariño por ellos, facilitar les la vida, hacer que todas cosas sean más fáciles para ellos. Es lo que Jesús hizo. Él no curó a esta persona en medio de la muchedumbre para que pudiera sentirse humillado. Le apartó y le mostró respeto y consideración.

Tenemos que recordar siempre que no somos sólo una sociedad de gente sana. También tenemos enfermos e incapacitados, ciegos, sordos y mudos. Ellos son seres humanos como nosotros a pesar de su estado. Quizás, hoy son ellos los que están enfermos. ¿Pero, quién sabe lo que el día de mañana pueda traernos a nosotros o a nuestros seres queridos.

El drama que afrontamos hoy es que en cultura alrededor de la celebridad y la fama. En este contexto, corremos el riesgo de dejar de lado a las personas con discapacidades e impedimentos. Por eso, es importante mirar a esas personas con los ojos de Jesús, reconocerlas como los hijos de Dios y tratarlos con amor, respeto y dignidad.

Además, como Santo Santiago dijo, en la segunda lectura, sería un error de nuestra parte discriminar a tales personas debido a sus problemas de salud o de posición social. Al contrario, deberíamos ser, como discípulos de Jesús, imparcial es hacia todos los hermanos y hermanas y tratar a todos con la consideración debida. Tenemos que dar la bienvenida más allá de cualquier espectro.

Oremos, entonces, durante esta celebración para que Dios nos ayude a entender la importancia del respeto que tenemos que dar a nuestros semejantes que están incapacitados. Invitemos a Jesús a estar en nuestra propia enfermedad e impedimento de modo que él pueda curarnos. Animémonos el uno al otro para recibir el sacramento de la eucaristía de modo que Jesús siga sanándonos. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 35: 4-7ª; Santiago 2: 1-5; Marcos 7: 31-37



Fecha de la Homilía: el 09 de Septiembre 2018
© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20180909homilia